

La Reconquista

PLANES PARA RECUPERAR LA CIUDAD

En cuanto la ciudad fue tomada por los ingleses, comenzaron a delinearse los planes para reconquistarla. En virtud de los términos de la capitulación, los funcionarios y los jefes militares estaban inhibidos de levantar las armas contra los ingleses, la iniciativa quedó librada a la decisión de los vecinos.

El catalán José Fornaguera presentó ante el alcalde de segundo voto, Anselmo Sáenz Valiente y el comerciante Martín de Alzaga, un proyecto que consistía en reunir unos ochocientos hombres que tendrían la misión de tomar por sorpresa el cuartel de la Ranchería, donde se apostaba la mayoría de los soldados ingleses. Al mismo tiempo, otras partidas acorralaban los cuatro puestos principales: la plaza del Retiro, el muelle, el piquete y la cárcel del Cabildo. Así, la guarnición que se encontraría en la Real Fortaleza, encerrada y sin poder pedir auxilio, no tendría más que rendirse. Sáenz Valiente y Alzaga aseguraron que el dinero para llevar adelante el proyecto estaría disponible. Alzaga y Fornaguera se reunieron con otro catalán, Felipe Sentenach, que tenía un plan similar, para aunar esfuerzos.

Gracias a un pase gestionado por Ana Perichón, esposa del inglés Edmundo O’Gormann, Liniers pudo entrar, el 29 de junio, a la ciudad ocupada. Dos días después de la capitulación, amparado en su condición de francés y en que no era prisionero de guerra, pidió permiso para entrar en la ciudad donde residía su familia. Beresford le otorgó el pasaporte sin pensar que trabajaría para expulsarlo de la ciudad.

Reunidos los conspiradores en la casa de Alzaga, redactaron una carta para que fuera enviada al gobernador de Montevideo, Pascual Ruiz Huidobro. Allí

solicitaban sus auxilios y brindaban detalles acerca de las fuerzas enemigas. En esa reunión se aprobó el plan trazado por Sentenach que consistía en fortificar un punto distante de la ciudad para concentrar en él el mayor número de hombres para hostigar al enemigo. Además se reclutarían unos quinientos hombres armados, a quienes se les pagaría un salario, para que actuaran en el momento oportuno. Se colocarían minas para hacer volar el cuartel inglés alojado en la Ranchería. Se tendía a concentrar la lucha en dos puntos y se trataba de evitar los enfrentamientos callejeros para no ocasionar perjuicio en el vecindario. Explotadas las minas en el cuartel entrarían en juego los quinientos hombres ubicados en el interior de la ciudad y en su apoyo acudirían las fuerzas llegadas desde Montevideo. Finalmente, entrarían en escena los hombres ubicados en el atrincheramiento distante. Se trataba de combinar la expedición desde Montevideo con las acciones desencadenadas en la ciudad. Los recursos económicos para la reconquista fueron provistos por Alzaga. Algunos autores opinan que el acaudalado comerciante esperaba ser nombrado jefe del gobierno una vez reconquistada la ciudad y destituido Sobremonte.³⁴

El obispo Lue y Riega dio su conformidad a las acciones de la reconquista y el clero se ocupó de fomentar las desertiones entre los soldados ingleses católicos.

Alzaga puso en contacto a Liniers con el grupo de Sentenach. El francés designó como jefe principal a Sentenach y como segundo a Esteve y Llach. El resto de los hombres quedó al mando de pequeños grupos. Liniers resolvió pasar a Montevideo para organizar y actuar con las fuerzas que serían el apoyo externo. La divisa que adoptaron era blanca y roja en señal de fidelidad.

El 16 de julio se alquiló a Domingo Belgrano –padre de Manuel- la quinta de Perdriel³⁵, ubicada en las proximidades de la costa de Olivos, para establecer en ella el atrincheramiento distante dispuesto en el plan, allí se concentrarían los hombres que se fueran reuniendo y desembarcarían las fuerzas llegadas desde Montevideo. La quinta serviría para adiestramiento de las improvisadas tropas. A cada hombre se le aseguraba el pago de cuatro y medio reales por día. Algunos caciques de tribus cercanas ofrecieron sus indias para luchar contra los ingleses.

A las acciones de la recuperación de la ciudad se sumaba la expedición que desde el interior preparaba Sobremonte. El 14 de julio declaró a Córdoba capital del virreinato y comenzó a reclutar hombres para avanzar sobre Buenos Aires. Informado de los acontecimientos en la ciudad portuaria, expresó su conformidad respecto de las acciones encaradas por Huidobro y del nombramiento de Liniers como jefe de la expedición. Sobremonte llegó tarde, cuando la reconquista ya se había concretado.

³⁴ Ibid, p 172

³⁵ Su emplazamiento actual es 2.000 metros al noroeste del Colegio Militar de San Martín y a 2.000 metros de la estación de Villa Ballester.

María Ana Périchon

Nació en 1775 en la isla Borbón del océano Índico, emigró con su familia a las Canarias para establecerse a partir del 1799 en la capital del virreinato del Río de la Plata. Se casó con el irlandés Tomás O’Gorman y tuvo con él dos hijos, uno de los cuales fue el padre de la renombrada Camila O’Gorman. El marido de Ana no tuvo buena fortuna en los negocios y pronto se refugió en España, abandonando a su esposa en Buenos Aires.

Los cronistas de la época la describen como una dama bonita, elegante, picaresca, atractiva, graciosa, desenfadada. La habían apodado *la Perichón* o *la Perichona*.

Durante la primera invasión inglesa, Ana se relacionó con el coronel James Burke y con el general Williams Beresford. Pero también conoció a Santiago de Liniers, con quien estableció un fluido contacto, llegando a conquistarlo. Las relaciones privadas entre ambos tomaron estado público, escandalizando a la sociedad porteña.

Por las tardes, luego de rezar el rosario, las mujeres se ubicaban en su estrado³⁵ y mientras tomaban mate y ocupaban sus manos en el bordado intercambiaban confidencias. Los amoríos entre Liniers y la Perichona eran el tema obligado. Se decía que ella se había convertido en la figura central de la política del momento y que su casa, donde se realizaban festines y bacanales, a los que asistían hombres influyentes, ingleses, españoles o franceses, se había convertido en una sucursal de la Real Fortaleza.

Su ascendencia sobre el comandante inglés permitió a Liniers conseguir el salvoconducto que lo autorizaba a volver a Buenos Aires e iniciar la preparación de la resistencia. Se cuenta que, el 12 de agosto, cuando el francés avanzaba con su tropa camino a la Plaza Mayor, se detuvo en la casa de Ana –actual calle Reconquista entre Sarmiento y Corrientes– y se arrojó luego, ante el altar de la virgen de la Merced, antes de lanzarse al combate. También se afirma que tuvo participación en la capitulación honrosa acordada al jefe británico.

Las milicias inglesas

“Los uniformes de la infantería eran: casaca colorada, con vivos de diferente color para cada regimiento, pantalón blanco, polainas negras, correa blanca y un *shakó*. Como excepción, los regimientos de línea escoceses usaban, en lugar del pantalón, su tradicional pollera corta de tartan de su clan, pero los regimientos de cazadores escoceses, como el regimiento 71, que vino con Beresford, usaban pantalón. La coleta empolvada la usaron los soldados hasta 1808, en cuyo año se suprimieron también las polainas. Los oficiales usaban frac rojo, pantalón blanco, botas negras y sombrero elástico, el que cambiaron por un *shakó* en 1811. Los generales usaban un uniforme similar, pero el elástico se lo ponían a través de la cabeza. (...) El fusil usado, de avancarga, como todos los de la época, tenía un alcance de trescientas varas, pero era mayormente eficaz después de las cien varas. Los regimientos de línea escoceses llevaban una especie de banda lisa de gaiteros, su música nacional, pero la infantería ligera escocesa, de la que formaba parte el regimiento 71, sólo llevaba dos gaiteros. En el tubo que apoya sobre el hombro, la gaita llevaba una banderola, miniatura de la bandera del regimiento. Una de las del 71 fue tomada por Pueyrredón en la plaza [...].

³⁵ El *estrado* era una tarima adosada a la pared y cubierta por una alfombra o tapete, almohadones, sillas y mesas. Estos muebles llamados *ratones* (por su tamaño) eran para uso femenino. En el estrado, la mujer, tenía su mundo exclusivo: su alhajero, su costurero, sus pequeños cofres. Por las tardes era un espacio muy utilizado, donde tomaban mate o panal (versión rioplatense del azucarillo madrileño, amasijo de azúcar flotando en un vaso de agua). Los pies en el borde del brasero (cazoleta con brasas que se depositaba en el suelo para calentar la habitación) les permitía estar calentitas mientras escuchaban cantar a las niñas, acompañadas con la guitarra, las melancólicas vidalas. El estrado estaba presente en las salas de las familias principales y también en casas humildes; fue una costumbre muy difundida en América hispana que perduró hasta fines del siglo XIX.

La tropa era enganchada por largos períodos y, a veces, por toda la vida, perteneciendo a las capas más inferiores de la sociedad, cuando no eran sacados de las cárceles. Entre ellos, había algunos extranjeros, en parte desertores, especialmente del ejército francés, donde había contingentes de todos los países sometidos a Napoleón, y en parte prisioneros, que optaban por cambiar de bandera. También había batallones compuestos enteramente de extranjeros, y en las guerras napoleónicas [...] Por supuesto, dada la clase de tropa, la disciplina se mantenía a fuerza de azotes. En nuestro Museo Histórico existe la libreta de apuntes del general Levison Gower, jefe del estado mayor de Whitelocke, y esta está dedicada, casi exclusivamente, a anotar listas de contraventores y los azotes que recibieron. Uno de éstos en Montevideo, recibió ochocientos por emborracharse estando de centinela, y otro setecientos por sospecha de robo. El máximo de éstos era, por reglamento, mil doscientos, pero esto, generalmente, mataba al hombre. [...] La oficialidad era de las clases elevadas.

Las milicias españolas

Los regimientos de infantería tenían dos o tres batallones, cada uno mandado por un teniente coronel, siendo, además el comandante del primer batallón jefe del regimiento, como se verá en el caso de Saavedra quien, aparte de mandar el primer batallón de Patricios, era jefe de todo el regimiento integrado por tres batallones. [...] El uniforme era azul con vivos rojos, con un sombrero de paisano [como los patricios] o un elástico cruzado. Los regimientos de caballería estaban divididos en escuadrones fuertes, al mando de tenientes coroneles, y éstos en compañías al mando de capitanes, y el teniente coronel jefe del primer escuadrón era a la vez jefe del regimiento. En la artillería se llamaba compañías a las baterías, que eran sueltas y, como con los ingleses, los conductores eran peones civiles. Además de estos cuerpos de línea, según una pomposa real orden, debería haber en todo el virreinato, milicias compuestas de hombres de dieciséis a cuarenta y cinco años, con un total de 14.000 plazas. De ese total debería haber en Buenos Aires, unos 1.700 en los siguientes cuerpos: un batallón de Voluntarios de Infantería en Buenos Aires; una compañía de Granaderos de Pardos libres y otra de Morenos libres; un regimiento de Voluntarios de Caballería de Buenos Aires y una compañía de milicias de Artillería. En Luján y la frontera debería haber un Regimiento de Voluntarios de Caballería de la Frontera, con 1.200 plazas. Estos cuerpos debían hacer ejercicios todos los domingos; pero no sólo no lo hacían sino que no tenían uniformes ni armamentos, aunque sí mucha oficialidad sin conocimientos militares. En ciertos puntos había oficinas de reclutamiento e instrucción, llamadas 'Asambleas', con un número de oficiales y clases de línea. [...] Como muestra la desorganización de estas milicias basta decir que, cuando se tocó generala, al regimiento de Voluntarios de Caballería de Buenos Aires, sólo acudieron 129 hombres montados, de su total reglamentario de 724, y a éstos se les dio, por primera vez en su vida, a 14 hombres carabinas y sables, y a los demás, pistolas y sables, y como munición cuatro cartuchos por plaza. Al querer hacer fuego resultó que casi ninguna arma tenía su piedra y que las balas no entraban en el caño por ser de un calibre mayor?.

Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires, Emece Editores, 2000, p. 118 a 121 y 126-127.

SIMULACROS Y ACCIONES CLANDESTINAS

En una ciudad como Buenos Aires y contando con tan pocos hombres, era difícil para los ingleses controlar los movimientos de la población. Pese a las disposiciones de Beresford, las armas no habían sido entregadas a las autoridades inglesas.

Las armas, escondidas en pequeños bultos, pasaban de mano en mano hasta llegar a la casa del comerciante Santos Incháurregui, donde un grupo de hombres se encargaba de acondicionarlas y preparar los cartuchos.

Las pulperías de la ciudad, más de seiscientas, fueron espacios de reclutamiento de las fuerzas de la resistencia y también sirvieron como centros de distribución de la información.

Las casas contiguas al seminario perteneciente a la orden de San Francisco, fueron desalojadas gradualmente. El seminario estaba separado del lugar de asiento del regimiento 71 por una calle angosta y, desde su sótano comenzó a cavarse un túnel para que llegara hasta la cuadra de los soldados en la Ranchería, con la finalidad de hacerla volar con explosivos. El mismo Santenach obtuvo datos para la excavación, penetró disfrazado en el cuartel y tomó con pasos las medidas y observó donde guardaban la pólvora y donde se juntaba la tropa para dormir. Un miembro de las fuerzas inglesas informó a su superior que oía un ruido persistente durante las noches que provenía desde el subsuelo. Se dispuso que se acomodaran unos fusiles parados y sobre ellos se colocaron algunos alfileres, al otro día los encontraron en el suelo. Se inició una investigación que no logró descubrir el complot para hacer explotar a los soldados ingleses.³⁶

En las afueras de la ciudad, la gente de la campaña -de los partidos de Morón, Pilar y Luján- concurrió a reuniones organizadas por Juan Martín de Pueyrredón, quien asistió a sus hombres con su propio dinero y los sumó al regimiento de Blandengues. Los conjurados continuaban acopiando armas y municiones.

Beresford, en un informe enviado a sus superiores, enunció que a mediados de julio tuvo noticias de la conspiración que se preparaba y que Liniers había salido sigilosamente camino a Montevideo, desde donde preparaba el asalto a la ciudad, pero confiaba en que Pophan lo detendría en el cruce del río. También se anotició acerca de las actividades de leva de hombres en el campo, llevada a cabo por Pueyrredón y otros vecinos. Explicó que era notoria la salida de la ciudad de muchas familias, como también la desertión de gente de sus tropas. Expresó tener conocimiento de las actividades desarrolladas en la quinta de Perdriel, pero consideró que era mejor tener al enemigo fuera de la ciudad y concentrado para poder atacarlo. El gobernador estaba preocupado por el escaso número de hombres con que contaba para asegurarse el dominio de la ciudad; como todas las mañanas formaban en el patio de la Real Fortaleza, hizo vestir con ropas militares a la servidumbre y solicitaba más raciones diarias de comida que las necesarias para tratar de disimular la escasez de hombres.

³⁶ Gillespie, Alexander, op. cit., p. 76

Mientras tanto, los ingleses continuaban recibiendo los buenos tratos de la población y de las familias que los hospedaban y que los entretenían durante la noche con agradables tertulias. El obispo mostraba su respeto y una engañosa amistad hacia Beresford, mientras los funcionarios del gobierno continuaban saludándolo cordialmente todas las mañanas.

La ciudad en 1806

“La parte densamente edificada de la ciudad formaba un triángulo, con su base en el Río de la Plata, desde la actual calle Chile, al sur, hasta la calle Córdoba, al norte, unas quince cuadras, y con su vértice al oeste en el cruce de las calles Rivadavia y Libertad, a una diez cuadras del río. Los límites sur y norte eran debidos a pequeños arroyos, intransitables en tiempo de lluvia. En el sur se llamaba *de Vera o del Hospital*, por correr al costado del hospital a cargo de los padres betleheimitas, en la calle Defensa, y en el norte el zanjón de *Matorras*, por haber sido canalizado.

Fuera de la parte descripta, seguían unas cuantas manzanas con ranchos, y luego de las quintas y las chacras. La ciudad tenía sus calles delineadas entre el río y la calle Callao, y entre las calles Brasil y Juncal pero, como muchas de las quintas, dentro de la planta urbana tenían más de una manzana, las calles eran muy a menudo cortadas por los cercos vivos de tuna, cinacina o mora que circundaban las quintas.

Las únicas calles empedradas malamente eran las que entraban en la plaza, y por sólo una o dos cuadras cada una. Lo demás era un fangal después de cada lluvia, y una capa espesa de polvo en tiempo seco.

[...] La actual plaza de Mayo estaba cortada en dos por una recova en la línea de la calle Defensa, y allí había una cantidad de pequeños negocios. La parte que quedaba frente al fuerte, se denominaba plazoleta del Fuerte, y la que quedaba frente al Cabildo, plaza mayor. El fuerte, residencia del virrey, ocupaba el lugar donde hoy está la casa Rosada. Sobre la plaza Mayor estaba la Catedral, entonces sin frontispicio, y el Cabildo que también servía de cárcel. Además, frente a ambas plazas, había un número de casas de dos pisos que, se comprobó en la reconquista, dominaban al fuerte.

La gente más calificada vivía cerca de la plaza, con preferencia, del lado sur. Casi los únicos edificios importantes eran las iglesias. Las casas particulares tenían, en general, un solo piso, con techo de tejas o azotea y con grandes rejas en las ventanas.

No había universidad, pero sí un colegio secundario, el de San Carlos. Las universidades más cercanas eran las de Córdoba y la de Charcas.

Había tres grandes cafés que, a falta de diarios, eran el centro de las noticias; el de Catalanes, esquina San Martín y Cangallo; el de Mallcos, esquina Bolívar y Alsina y la fonda Tres Naciones, esquina Bolívar y Victoria. La mejor fonda era la de los Tres Reyes, cerca del fuerte y en la calle 25 de Mayo, entonces Santo Cristo.

Tres eran los mataderos, en las actuales plazas Constitución, Once (llamado Miserere) y Recoleta.

En cuanto a los hospitales, los padres betleheimitas (llamados barbones, por usar barba entera) tenían uno en la manzana comprendida por las calles Defensa, México, Chile y el bajo y también después de 1795, el edificio, antes propiedad de los jesuitas, llamado “La Residencia”, ahora Patronato de la Infancia, en la manzana de la Iglesia de San Telmo, Humberto I° entre Defensa y Balcarce, fue utilizado por los mismos religiosos como hospital. El único y pequeño teatro estaba en Reconquista y Cangallo, frente a la iglesia de la Merced.

El cuartel principal era el de Infantería de Buenos Aires, en la esquina sudoeste de Perú y Alsina y frente a la manzana del colegio (San Ignacio) y vulgarmente conocido por *La Ranchería*.

[...] Al norte de la ciudad, y separada de ésta por el zanjón de Matorras, estaba el Retiro, terreno irregular, circundado por quintas, y que tenía en el centro la plaza de toros, y a la orilla de la barranca (después cuartel y luego pabellón argentino), el arsenal. En la antigua quinta llamada “El Retiro”, del gobernador don Andrés Agustín de Robles, parte de la cual 8ahora palacio Ortiz Basualdo) fue comprada por la South Sea Company para su mercado de esclavos”.

Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas*, Buenos Aires, Emece Editores, 2000, p. 130 - 132.

El puerto de Buenos Aires

“Buenos Aires, no obstante su posición central para servir al virreinato, era un mal puerto, con poca profundidad y desabrigado. Los barcos mayores anclaban en Los Pozos, a unos siete kilómetros de la ciudad, y desde allí se traía a los pasajeros y a la carga en lanchas, trasladándose los luego en carros que internaban en el río. La exportación de frutos del país se hacía desde las barrancas construidas sobre el Riachuelo (por lo que se denominaron las dos riberas, Barracas al Norte y Barracas al Sur) por lanchas hasta Los Pozos. No debe olvidarse que muchos barcos de Europa sólo llegaban hasta Montevideo, como mejor puerto y, desde allí, se traían las cargas por lanchas a Buenos Aires, o se enviaban directamente a los ríos Uruguay y Paraná. También otros barcos grandes iban a la Ensenada, de donde, reinando buen tiempo, era traída la carga en carretas de bueyes. En ciertos casos, como cuando había barcos enemigos frente a la ciudad, las lanchas que hacían el tráfico de los ríos interiores, llevaban sus cargas al puerto de Las Conchas, punto favorito para el contrabando de importación y exportación, trayéndose luego la carga a Buenos Aires en carretas.

[...] El Riachuelo era el puerto de cabotaje, y siempre había gran número de pequeñas embarcaciones amarradas allí”.

Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas*. Buenos Aires, Emece Editores, 2000, p. 132-133.

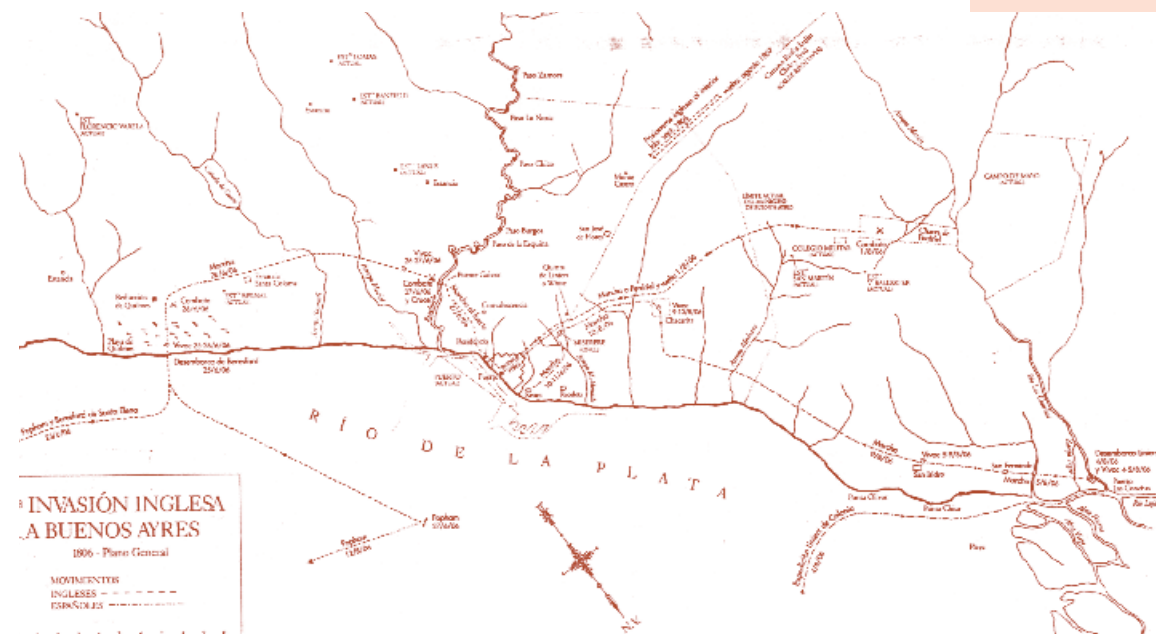
LINIERS Y LA EXPEDICIÓN DESDE MONTEVIDEO

El 22 de julio, los conspiradores recibieron respuesta del gobernador de Montevideo, quien expresaba que era necesario reconquistar Buenos Aires y que se disponía a prepararse para ello. Aprobó el plan de Sentenach e instaba su concreción. Como la flota con la que contaba no se adaptaba a operaciones en el río, determinó que se realizaran las providencias necesarias para poder hacerlo mediante cañoneras y naves de poco calado. Las naves maniobrarían frente a los navíos enemigos, en una acción distractiva, mientras el resto de las fuerzas desembarcarían en las cercanías de Olivos. El plan concordaba con el diseñado por Sentenach.

Ruiz Huidobro no iba a poder estar al frente de las operaciones, algunas cuestiones de salud le impedirían hacerlo. Puso al mando de las fuerzas navales a Juan Gutiérrez de la Concha. Por esa fecha recibió un oficio del virrey Sobremonte que solicitaba refuerzos para emprender la reconquista de la ciudad debido a la situación crítica que estaba viviendo Buenos Aires. Huidobro reunió a la Junta de Guerra y expuso el pedido, que significaba dejar de lado el plan trazado. Por unanimidad los miembros de la Junta acordaron desobedecer las órdenes del virrey y continuar con las acciones delineadas. Enviaron a éste la negativa a su pedido excusando que se habían avistado cerca de la costa unos catorce barcos ingleses y que sería imprudente desproteger la plaza.

La Junta acordó poner en manos de Santiago de Liniers –quien había arribado a Montevideo hacía pocos días– el mando de la expedición. Este había expresado que eran suficientes quinientos hombres para retomar la ciudad. El gobernador de Montevideo le envió un oficio el día 22 de julio en el que expresaba la decisión de la Junta:

“En consecuencia adoptó, como V.S. sabe, pues que no fue uno de los Vocales, su propuesta, y se le confirió el mando no sólo de 500 hombres escogidos de la mejor Tropa, más también se aumentó este número con el de cien de la compañía de Migueletes que se acababa de formar en esta plaza, armada y uniformada en los mejores términos, haciendo extensivo el mando en Jefe de V.S. a la fuerzas de mar, que están a las órdenes inmediatas del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha (...) En tal inteligencia se pondrá V.S. hoy mismo en marcha, puesto que todo está dispuesto para que no se demore un momento, y haciendo el uso que estime conveniente de las noticias reservadas que le he comunicado y que pueden contribuir al glorioso éxito de la expedición, quedo muy satisfecho de que los conocimientos militares de V.S. su Celo por la Religión, por el mejor servicio del Rey, y su amor a la Patria le proporcionarán la indecible satisfacción de libertad a aquel Pueblo de la opresión en que se encuentra afligido y volverlo a la suave dominación de nuestro amado Soberano, libertando por este medio todo el Virreinato, expuesto a caer en igual desgracia subsistiendo el enemigo en la Capital recibe refuerzos, como es de esperar”.³⁷



Primera invasión inglesa (1806)

El mismo día de recibido el oficio, Liniers emprendió la marcha hacia Canelones, pero una fuerte lluvia y el desborde de los ríos consiguió detener la marcha. En balsas y jangadas pudieron cruzar el río y llegar hasta Colonia. Allí se encontró con Gutiérrez de la Concha y también con un refuerzo de hombres organizados por el comandante de la plaza, Ramón del Pino, y su esposa, Doña Francisca Huet, que juntó fondos entre los vecinos para uniformar a los improvisados soldados.

Pueyrredón, que había cruzado a Montevideo acompañado por Manuel de Pinedo y Arroyo y Diego de Herrera, se contactó con Huidobro quien brindó su apoyo a las acciones que estaba llevando a cabo. También se reunió con Liniers quien le pidió que reuniera las fuerzas que había organizado en Perdriel esperando su llegada. Volvió a Buenos Aires y juntó a su gente en dirección a la quinta. Como su regimiento no tenía bandera, el Cabildo de Luján le entregó el Real Estandarte con el que se juró la villa.

Los planes se desarrollaron como se lo había previsto: se cavaba el túnel hacia la Ranchería, pero tuvieron muchas dificultades para fortificar la quinta de Perdriel y proveer de armas y caballos a los hombres que Pueyrredón había reunido. Sigilosamente, en cajas cubiertas con cueros y simulando transportar yerba mate, las armas recuperadas en la ciudad fueron conducidas a la quinta.

Según el plan trazado, Liniers debía desembarcar en Olivos, pero las condiciones climáticas retrazaron su llegada a Colonia, desde donde se disponía a cruzar el río. El 1 de agosto, lanzó una proclama que decía:

³⁷ Sierra, Vicente, op. cit., p. 130

*“Don Santiago de Liniers y Bremond, Caballero de la Orden de San Juan, Capitán de Navío de la Real Armada y Comandante General de las fuerzas de mar y tierra destinadas para la reconquista de Buenos Aires. Previene a todos los cuerpos que componen el ejército que tiene el honor de mandar para la gloriosa hazaña de la reconquista de Buenos Aires, que esta tarde, permitiéndolo el viento, se embarcarán para pasar a la Costa del Sur; que no duda un solo momento del ardor, patriotismo, e intrepidez de los valerosos Oficiales, Cadetes, Sargentos, Cabos, Soldados y Voluntarios que lo componen; pero que si, contra su esperanza, algunos olvidados de sus principios, volvieran la cara al enemigo, estén en la inteligencia que habrá un cañón a retaguardia cargado de metralla, con orden de hacer fuego sobre los cobardes fugitivos. (...) Si llegamos a vencer, como lo espero, a los enemigos de nuestra Patria, acordáos Soldado que los vínculos de la Nación Española son de reñir con intrepidez, como triunfar con humanidad: el enemigo vencido es nuestro hermano, y la Religión y la generosidad de todo buen español le hace como tan natural estos principios, que tendría rubor de encarecerlos”.*³⁸

EL COMBATE DE PERDRIEL

En Buenos Aires espías de uno y otro bando obtenían y transmitían información. Fue así como la noche del 31 de julio, cuando Beresford estaba disfrutando con sus oficiales de una función en el Teatro de la Comedia, recibió informes sobre la revuelta que se estaba gestando. Dispuso que parte de las fuerzas quedaran acuarteladas en estado de alerta y otras, al mando del coronel sir Denis Pack, jefe del regimiento 71, se aprestaran a marchar sobre la quinta de Perdriel. El 1 de agosto, la columna británica comandada por Beresford inició su marcha.

Al llegar a la quinta, parte de las fuerzas de la resistencia bajo el mando de Esquiaga y Anzóategui, comprobaron que no había demasiada organización, parte de los hombres habían recibido permiso para ausentarse y se encontraban en la ciudad. No había quinientos hombres sino unos escasos doscientos, incluidos los que venían con ellos.

Juan Martín de Pueyrredón y Antonio Olavarría, jefe de los blandengues, se encontraban cerca y acudieron en auxilio de Esquiaga y Anzóategui. En un parte enviado al gobernador de Montevideo el 3 de agosto relató lo ocurrido en el encuentro con los ingleses:

“En efecto, el enemigo empezó a jugar su artillería, y enseguida la nuestra, y yo para mejor hacer valer nuestras ventajas tomé la tercia parte de mis tropas, y después de haber mandado al comandante D. Antonio de Olavarría que, en viéndome atacado por la retaguardia hiciese él la misma operación para oprimirlos por todas partes, salí a galope, y a poco rato los tuve enteramente

*cortados. En esta situación hice señal de avanzar, y a la cabeza de los míos me precité sobre el grueso del enemigo, y me hallé en medio de ellos con sólo 10 de mis compañeros que me siguieron: mi objeto era quitarles la artillería, y de facto con mis diez compañeros les quité un carro de municiones con sólo la pérdida de uno de mis amigos, y mi caballo que fue atravesado por una bala de cañón. Cuando yo me vi solo y a pie no tuve más recurso que mandar retirar el carro citado, y a pie salir huyendo en medio de todo el fuego que se dirigió hacia nosotros. Todos señor, huyeron, y nos tomó el enemigo la artillería y provisiones; pero yo salvé mi presa”.*³⁹

Pueyrredón fue auxiliado por el alcalde de Pilar, Lorenzo López, quien lo levantó en su propio caballo.

En un informe remitido a Liniers a fines de agosto por el grupo de catalanes, se evaluaba el encuentro de Perdriel como un triunfo, teniendo en cuenta que habían muerto veinte ingleses y habían herido a otros diez —entre oficiales y soldados—; mientras que por la resistencia se contaron tres bajas de voluntarios, cuatro heridos y cinco prisioneros.

Si bien Beresford quedó dueño del campo de batalla, reconoció que el encuentro no lo había favorecido; pues su intención era atacar en campo abierto para asestar un golpe más efectivo a las fuerzas sublevadas, debido a que en ese ámbito se enfrentaría con los blandengues, que si bien eran hábiles en el manejo de armas blancas y la lucha cuerpo a cuerpo, no tenían experiencia de enfrentar armas de fuego.

El combate de Perdriel resultó para la población de Buenos Aires la demostración de que no era imposible vencer al invasor y que ya no era conveniente disimular los sentimientos en su contra como hasta el momento. Así lo contó Gillespie:

*“La dispersión de su ejército en Perdriel, el 2 de agosto, tuvo un efecto evidente en los sentimientos de todos los rangos durante los tres días siguientes. Fueron desusualmente civiles, pero después de saber que ninguna pérdida sería habida resultado, cada uno asumió un grado de insolencia desdeñosa, exigiendo la vereda y otros ejemplos de pequeño insulto. Un día el teniente Sampson, del cuerpo de Santa Helena, mientras pasaba por una de estas pulperías, vio a algunos de esos sujetos precipitarse para arrancar el mosquete del centinela, lo que consiguieron, y él fue peligrosamente apuñaleado en el acto de ayudar al soldado. Se hacían amonestaciones sin resultado, pues en todas las denuncias al poder civil, unos pocos encogimientos de hombros y lindas promesas para librarse del importuno eran los únicos sustitutos del remedio eficaz”.*⁴⁰

Beresford regresó a Buenos Aires con la artillería capturada y los prisioneros, entre ellos, un desertor de su ejército, el soldado alemán Shennón, amarrado a la cureña de un cañón. Previo consejo de guerra y eucaristía brindada por el obispo de Buenos Aires, el desertor fue fusilado frente al regimiento 71. Esta acción pretendió ser ejemplificadora para disuadir a quienes pretendieran imitarlo.⁴¹

³⁸ Ibid, p. 133

³⁹ Ibid, p. 134-135

⁴⁰ Gillespie, Alexander, op. cit., p. 77-78

⁴¹ Mitre, Bartolomé, op. cit., p. 131

LA RECONQUISTA

El 3 de agosto, Liniers ordenó embarcar las tropas en Colonia. Durante el cruce del río se divisaron corbetas inglesas y estaban dispuestos a enfrentarlas si la ocasión era favorable, pero sólo hubo un cruce de fuegos con la fragata enemiga Dolores al momento del desembarco. En la madrugada del 5 de agosto, las tropas y la artillería estuvieron rápidamente en tierra. Liniers y Gutiérrez de la Concha evaluaron que era conveniente enfrentar al enemigo en tierra y ordenaron que la tripulación de los navíos se incorporara a las fuerzas terrestres. Las tropas llegaron hasta San Isidro donde acamparon y permanecieron en espera de que amainaran las lluvias y el viento desatados.

Las disposiciones del gobernador de Montevideo establecían que las acciones comandadas por Liniers debían ponerse en consonancia con los trabajos realizados en Buenos Aires por Sentenach y su gente. Por ello, Liniers recibió el pedido de este grupo, de acercarse a la ciudad recién cuando estuvieran terminados los túneles debajo de la Ranchería y el Fuerte.

Anoticiado de la sublevación, Beresford confiaba en que Pophan evitaría el cruce del río de los sublevados. Cuando se enteró de que la operación había fallado, pensó que lo mejor sería enfrentar a Liniers fuera de la ciudad para evitar daños en el vecindario. Sus compañeros expresaron que no sería conveniente debido al estado de los caminos y a la imposibilidad de transportar la artillería, razón por la cual la oficialidad se inclinó por fortalecer la defensa de puntos estratégicos de la ciudad.

Liniers no aceptó retrasar las acciones y marchó hacia la capital, acercándose el 10 de agosto primero a la Chacarita de los Colegiales y luego a los corrales de Miserere. Desde allí, envió a Hilarión Quintana a presentarse ante Beresford llevándole una intimación. Su texto decía:

*“Excmo. Señor: La suerte de las armas es variable: hace poco más de un mes que V.E. entró en esta capital, arrojándose con un cortísimo número de Tropas a atacar una inmensa población a quien seguramente le faltó más la dirección que el valor para oponerse a su intento: pero en el día, penetrada del más alto entusiasmo para sacudir una dominación que le es odiosa, se halla pronto a demostrarle que el valor que han mostrado los habitantes del Ferrol, de Canarias y de Puerto Rico, no es extraño a los de Buenos Aires. Vengo a la cabeza de tropas regladas muy superiores a las del mando de V.E., y que no le ceden en instrucción y disciplina; mis fuerzas de mar van a dominar las Balizas, y no le dejarán recurso para emprender una retirada. La justa estimación debida al valor de V.E., la generosidad de la Nación Española y el horror que inspira a la humanidad la destrucción de hombres, meros instrumentos de los que con justicia, o sin ella, emprenden la guerra, me estimulan a dirigir a V.E. este aviso, para que impune del peligro sin recurso en que se encuentra, me avise en el preciso término de 15 minutos, si se halla dispuesto al partido desesperado de librar sus Tropas a una total destrucción, o al de entregarse a la discreción de un enemigo generoso. Nuestro Señor guarde a V.E. muchos años. Ejército Español en las inmediaciones de Buenos Aires, 10 de agosto de 1806. Excmo. Santiago de Liniers”.*⁴²

Quintana llegó a la Real Fortaleza en momentos en que Beresford estaba reunido con miembros de la curia, del Cabildo y de la Audiencia, tratando de evitar el enfrentamiento. Se lo atendió con bastante demora y el comandante inglés le hizo entrega de su respuesta en los siguientes términos:

*“Buenos Aires, 10 de agosto de 1806. He recibido su Oficio, y convengo en que la fortuna de las armas es variable; no pongo en duda en que Ud. tiene la superioridad respecto al número; y que la comparación de la disciplina es inútil; tampoco he consentido jamás haber entrado en este Pueblo sin batir al enemigo dos veces, y al mismo tiempo que he deseado siempre el buen nombre de mi Patria, he tratado también de conservar la estimación y el buen concepto de las Tropas que se hallan bajo mis órdenes en esta inteligencia solamente le digo, que me defenderé hasta el caso que me indique la prudencia para evitar las calamidades que pueden recaer sobre este Pueblo, que nadie las sentirá más que yo, de las cuales estarán bien libres si todos sus habitantes proceden conforme a la buena fe. Besa las manos de Ud. Guillermo Carr Beresford, Mayor General Inglés”.*⁴³

La marcha de Liniers desde Plaza Miserere hacia Retiro se realizó durante la noche del 10 de agosto. La intensa lluvia complicó el desplazamiento de la infantería y de la artillería, que fue posible concretar gracias a la ayuda de la población que los proveyó de aquellos insumos que necesitaban —subsistencia para la tropa y los caballos, monturas—, colaboraron arrastrando cañones y otras piezas de artillería; incluso, algunos pidieron armas para incorporarse a la lucha.

Durante el día 11 se fueron incorporando a las fuerzas de Liniers las tropas urbanas de Sentenach, Esteve Llach y Fornaguera, cuyo armamento, municiones y guarniciones habían sido solventado por Martín de Alzaga.

Al llegar al Retiro, Liniers ordenó el emplazamiento de cañones y obuses en las entradas de la plaza, del lado de la ciudad. Beresford marchaba —por las actuales calles San Martín y Florida— con unos trescientos hombres y dos piezas de artillería; intentó una infructuosa recuperación del estratégico sitio donde se encontraban los Almacenes de Artillería pero debió retroceder.

Para las fuerzas de la resistencia era importante el sostenimiento de ese lugar que les permitía nutrirse de municiones, carretones, cureñas y otros pertrechos que necesitaban. Liniers consideró que si los ingleses se refugiaban en la Real Fortaleza, sería necesario contar con cañones que brindaran la posibilidad de batir al enemigo.

Poco era el apoyo naval que se podía brindar desde el río. Pophan trató de colaborar, aligeró una de sus embarcaciones, el Justine de veintiséis cañones, para que pudiera acercarse a la costa y bombardear las calles de la ciudad desde el río. Así lo hizo hasta que una repentina bajamar, dejó a la embarcación en seco. Esta situación fue aprovechada por la caballería al mando de Juan Martín de Pueyrredón, en cuyas filas se encontraba Martín de Güemes. En una insólita maniobra, la caballería abordó y tomó la embarcación en su poder.⁴⁴

⁴² Citado en Sierra, Vicente, op. cit., p. 139-140

⁴³ Ibid, p. 140

⁴⁴ Gillespie, Alexander, op. cit., p. 79



Facsimil de la intimación realizada por Liniers al general Beresford

La noche del 11 de agosto, muchos soldados se filtraron, con el apoyo de sus habitantes, por las azoteas de las casas, tomaron el control de la Ranchería y llegaron a una o dos cuadras de la Plaza Mayor.

Esa misma noche, el inglés White escribió a Pueyrredón solicitándole una entrevista para la mañana siguiente. Pueyrredón dio a conocer la nota a Liniers y le respondieron que habría reunión, fijaron la hora y el lugar. Allí estuvo Pueyrredón pero a White le fue imposible llegar debido al control que desde las azoteas generaban soldados que no respondían al comando de Liniers. En virtud de la situación, le fue enviada una nueva nota a White, citándolo en otro sitio; la nota funcionaría como salvoconducto. No se conoce si el inglés recibió a tiempo la nota, lo cierto es que la reunión no pudo concretarse porque los combates se precipitaron. Se supone que en la reunión, y a pedido de Beresford, se propondría la devolución de Buenos Aires a cambio de la salida de las tropas británicas de la ciudad y que se trataría

que el interlocutor fuera Pueyrredón porque la caballería que estaba a su mando, hubiera sido la única fuerza que podía impedirles la retirada. Otra posibilidad era que Beresford tratara de arreglar con los descontentos pobladores la independencia del virreinato, comprometiéndose a colaborar en la lucha que se desataría contra el virrey Sobremonte y sus fuerzas, ya en camino desde Córdoba.⁴⁵

Liniers pretendía dar tiempo a Pueyrredón a conferenciar con White y, de no llegar a un acuerdo con el comandante inglés, iniciar el ataque. El ejército marcharía en tres columnas; la primera al mando de Liniers por la actual calle Reconquista y la segunda a cargo del capitán Gutiérrez de la Concha por la calle San Martín, ambas atacarían la Plaza apoyadas por la tercera columna acaudillada por el coronel Pinedo, que avanzaría por la calle Florida y rodearía la Plaza, desplegándose por las calles Bolívar, Rivadavia y Defensa.

Beresford situó sus tropas en una posición defensiva en la Plaza Mayor, ocupando las arcadas de la Recova, del Cabildo, de la Catedral, de las azoteas de las casas vecinas y apostando piezas de artillería en las entradas a la plaza.

Liniers pautó las doce del mediodía como la hora del inicio del ataque, pero alrededor de las ocho de la mañana una hecho precipitó el comienzo de las operaciones: la columna de Miñones avanzó hasta la Iglesia de la Merced y allí se encontró con un piquete inglés, trezándose en combate. Los atacantes se vieron obligados a solicitar refuerzos. Los hombres de Sentenach acudieron a socorrerlos, mientras Liniers envió a Hilarión de la Quintana con el fin de detenerlos, pero fue demasiado tarde. Los voluntarios se posicionaron en las azoteas y desde allí obligaron al enemigo a retroceder.

⁴⁵ Roberts, Carlos, op.cit., p. 190-191

El jefe de las tropas de la resistencia se vio obligado a atacar, dejándole a Gutiérrez de la Concha la defensa del Retiro. La infantería avanzó haciendo fuego por las calles y desde las azoteas y las torres de las iglesias, Miñones, marineros y voluntarios, desalojaron a los ingleses del Cabildo, la Catedral y los alrededores de la Plaza. Beresford retiró al Regimiento 71 de las calles y lo concentró en la Recova. Cuando la tropa inglesa cruzaba hacia la Recova, Pueyrredón y su caballería se lanzaron contra ella y le arrebataron la banderola de su gaita. La tropa de Santa Elena ya se había retirado al Fuerte, mientras Gutiérrez de la Concha recibió órdenes de Liniers de avanzar hacia la Plaza.



Reconstrucción de la rendición de Beresford. Oleo de Charles Fouquieroy

Ya en el interior de la Real Fortaleza, se emplazaron dos cañones para la defensa y las fuerzas inglesas izaron la bandera de parlamento. Liniers destacó a Hilarión de la Quintana para conocer qué deseaba el comandante Beresford. La población se lanzó hacia el Fuerte al darse cuenta de que los ingleses habían dejado de hacer fuego. En el interior de la Fortaleza, la resistencia presionó hasta lograr la rendición, se estipularon verbalmente las condiciones, se hizo especial hincapié en que se respetara la seguridad de las personas y sus bienes y en permitir que embarcaran pronto hacia Europa. Se obligó a arriar la bandera blanca y se izó una bandera española. Beresford relató esos acontecimientos diciendo:

*“Es cierto que yo ordené que la bandera española fuese izada antes de reunirme con el señor Liniers, pero no lo es menos que aquellos que alegaron esta circunstancia como prueba de una rendición previa del Fuerte saben al contrario que eso fue hecho a pedido y con acuerdo del ayudante de campo español, que en ese momento se hallaba conmigo en la muralla y ocasionado por una infracción abominable de las leyes de la guerra por las tropas españolas, que obraron con directa violación de las garantías de una bandera de parlamento, y esto a pesar de las advertencias y esfuerzos del ayudante de campo, de su comandante en jefe, quien de palabra y de acción hizo todo lo posible para contenerlos, y a causa de esta conducta, fue izada la bandera española, a su reiterado pedido, como la única forma de impedir la renovación de las hostilidades aún hallándose él conmigo, y por haber manifestado que eso nos daba las condiciones para tratar, y especificando que ello no sería considerado como afectando a los derechos británicos, ni nos colocaría en una posición diferente a la que bajo bandera de parlamento”.*⁴⁶

⁴⁶ Sierra, Vicente, op.cit., p. 144

Beresford salió del Fuerte al encuentro con Liniers. Estando frente a frente Liniers felicitó al inglés por su valerosa defensa, le devolvió su espada y se comprometió a que los soldados ingleses salieran del Fuerte con todos los honores y fueran a depositar sus armas frente al Cabildo.

Menos de mil ingleses, precedidos por Beresford y los oficiales, salieron del Fuerte, cruzaron la Plaza Mayor flanqueados por filas de las irregulares fuerzas de la resistencia para llegar al Cabildo, depositar sus armas, ser rigurosamente requisados para luego ingresar a la prisión del Cabildo. Beresford quedó prisionero y fue canjeado por el virrey del Perú, que se sospechaba en manos de los ingleses.

Gran parte de la población se dedicó a participar de festejos callejeros por la Reconquista, mientras otros se dedicaban a recorrer las calles y la Plaza buscando a familiares que habían perecido o permanecían heridos en los lugares de combate.

Fuerzas Enfrentadas

Ejército de la Reconquista	Efectivos
Comandante en jefe:	
Capitán de navío Santiago de Liniers	
Jefe de la fuerza naval:	
Capitan Juan Gutiérrez de la Concha	
soldados	
Regimiento de Infantería de Buenos Aires.....	94
Regimiento de Dragones de Buenos Aires.....	321
Regimiento de Blandengues de la Frontera.....	269
Voluntarios de Infantería de Montevideo.....	156
Voluntarios de Infantería de Buenos Aires.....	300
Voluntarios de Caballería de Juan M. de Pueyrredón.....	115
Cuerpo de Miñones de Montevideo.....	150
Real Cuerpo de Artillería.....	131
Real Cuerpo de Marina.....	323
Cuerpo de voluntarios del corsario francés Hipólito Mordeille.....	73
Plana mayor y auxiliares.....	16
Total.....	1.948

(Una parte importante de la población civil de Buenos Aires acompañó a estas tropas en los enfrentamientos).

Ejército británico

Comandante en Jefe:

General Guillermo Carr Beresford

Jefe de la Fuerza Naval:

Comodoro sir Home Popham

Regimiento escocés N° 71 (Tte. Cnel. Denis Pack)	864
Real Infantería de Marina.....	323
Regimiento de Santa Elena.....	182
Artillería de Santa Elena.....	102
Cuerpo de Marineros.....	100
Real Artillería	23
Conductores de Artillería.....	9
Dragones Ligeros	7
Plana Mayor Auxiliares.....	14
Total.....	1.624

La asistencia sanitaria en Buenos Aires

El 12 de agosto, mientras se desarrollaban los enfrentamientos en las calles de Buenos Aires y comenzaban a producirse las muertes, los médicos y voluntarios atendían en las calles a los heridos e improvisaban en viviendas puestos sanitarios y hospitales de sangre.

Cosme Mariano Argerich, nació en Buenos Aires en 1758. Estudió medicina en la Universidad de Cervera, España, donde se doctoró en 1783. En 1784 regresó a Buenos Aires y fue nombrado médico del Colegio de Huérfanos. Tiempo después fue designado como Primer Examinador del Protomedicato. Se dedicó a combatir los brotes de viruela declarados en 1794 y 1796. En 1801 publicó un artículo en el Telégrafo Mercantil donde aconsejaba que la población se inoculara la vacuna antivariólica. Asumió, en 1802, como catedrático de medicina en carácter de sustituto, y como Protomédico General y Alcalde Mayor de todas las facultades de Medicina, Cirugía, Farmacia y Phlebología.

El Protomedicato era un tribunal formado por los protomédicos y examinadores, que reconocía la suficiencia de los que aspiraban a ser médicos y concedía las licencias necesarias para el ejercicio de la medicina. Al asumir su cargo el virrey Vértiz evaluó el abandono de la asistencia pública y las deficiencias de los servicios hospitalarios y farmacéuticos, por eso resolvió crear en 1779 el protomedicato del Río de la Plata. El doctor Miguel O’Gorman, fue nombrado Real Protomédico y a él se le debe la introducción del método de inoculación contra la viruela.

Durante las primeras invasiones inglesas de 1806 y 1807, Argerich se desempeñaba como jefe de Hospital Real de la Caridad y organizó los puestos de socorro en puntos estratégicos. Los médicos y practicantes recibieron el auxilio de la población;

los voluntarios preparaban las vendas con sábanas, manteles o ropa blanca, hervían agua y organizaban todo lo necesario para los primeros auxilios.

La función docente del protomedicato databa de 1793, pero los cursos recién se iniciaron en 1801. Los acontecimientos militares y políticos, como también la escasez de material, hicieron que los cursos se desarrollaran irregularmente y que languidecieran, hasta que en 1812 la escuela se cerró por falta de alumnos. Según las impresiones del capitán inglés Alexander Gillespie, durante su larga estadía en el Río de la Plata:

“La profesión médica estaba a poca altura [en Buenos Aires]; al mismo tiempo, no hay nadie en quien se aplique con mayor éxito el arte de la charlatanería que en los criollos. Teniendo una opinión exagerada de todo curandero inglés, en cualquier reunión social en la que entre uno las mujeres generalmente afectan no encontrarse bien, y procuran consejo. El síntoma que las aquejaba se señalaba por un parobe en cada sien, y ellas se quejaban comúnmente de lasitud y jaqueca. Como no se necesitaba saber mucho para disiparlas, siendo su causa la falta de ejercicio, algunos de nosotros [oficiales británicos prisioneros en Buenos Aires] nos hicimos empíricos. Como recetábamos felizmente, nuestros talentos adquirieron reputación; pero ocurrió un caso de más bulto, que probó la parcialidad general por nuestros compatriotas. El doctor Forbes, dejado a cargo de nuestros enfermos y heridos después de la reconquista de la ciudad, fue tan exclusivamente consultado que, tras cuatro meses de práctica en la que había amasado algunos miles de duros, con perjuicio de los facultativos locales, fue presentado al gobierno un memorial que instaba a su remoción”.

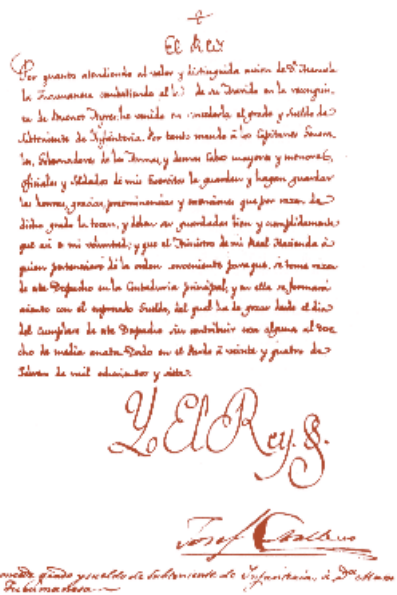
Ante el poco desarrollo de la medicina en el Río de la Plata, Gillespie aconsejó que aquellos profesionales que decidieran inmigrar a Buenos Aires para ejercer la medicina podrían obtener pingües ganancias y que tendrían la posibilidad de desarrollar la química utilizando la abundancia de plantas existentes en el lugar para la fabricación de drogas, pero que por el momento, sería conveniente que trajeran consigo una importante provisión de remedios e instrumental.

“Por quanto atendiendo al valor y distinguida acción de D^a Manuela la Tucumanesa combatiendo al lado de su marido en la reconquista de Buenos Ayres: he venido en concederle el grado y sueldo de Subteniente de Infantería. Por tanto mando a los Capitanes Generales y Gobernadores de las Armas y demas cabos mayores y menores, oficiales y soldados de mis exercitos la guarden y hagan guardar las honras, gracias, y preeminencias y exenciones que por razon de dicho grado la tocan, y deben ser guardadas bien y cumplidamente que asi es mi voluntad; y que el Ministro de mi Real Hacienda á quien perteneciere dé la orden conveniente para que se tome razon de este Despacho en la Contaduría principal, y en ella se formará viendo con el expresado sueldo, del qual ha de gozar desde el dia del cumplimiento de este Despacho sin contribuir con alguna al Derecho de media anata. Dado en el Pardo á veinte y quatro de Febrero de mil ochocientos y siete. Yo El Rey”.

Romances de la Reconquista de Buenos Aires

Pantaleón Rivarola nació en Buenos Aires 27 de Julio de 1757 y murió en la misma ciudad el 24 de Septiembre de 1821, teólogo, literato y político. Hizo sus primeros estudios en Buenos Aires, y en 1771 pasó a Córdoba, donde permaneció hasta 1776, recibiendo en la universidad de dicha ciudad el doctorado en filosofía [1772] y en teología [1776]. En 1778 pasó a la ciudad de La Plata, donde recibió las sagradas órdenes. Cuatro años mas tarde ocupó la cátedra de filosofía en el colegio de San Carlos, después de haber ocupado en el mismo colegio la cátedra de Sagrada Escritura. Desde 1788 hasta 1805 se ocupó, al mismo tiempo, de la capellanía del regimiento de infantería de Buenos Aires. Según parece, estuvo en Chile durante los años 1806 y 1807. En Mayo de 1808 fue nombrado teólogo asistente real y ocupaba este cargo cuando sobrevino la Revolución de Mayo. En el Cabildo abierto del 22 de Mayo de 1810 se expresó a favor del antiguo régimen, pero derrotado el sistema monárquico, abandonó sus ideas primeras y adhirió a la construcción de un nuevo país. Fue uno de los poetas que intentó contribuir con sus versos a conformar la identidad de la naciente argentina.

[...]avanzan por ocho calles
que son otras tantas guerras
pues estaban defendidas
con cañón y soldadesca.
los ingleses a montones
ocupan las azoteas
torres, ventanas y balcones
y desde allí tirotean
con la singular ventaja
de que nadie los ofenda.
Pero nuestros españoles



Facsimil de la resolución real otorgándole a Manuela Pedraza grado y sueldo militar

Manuela Pedraza

Durante los días que se combatió para reconquistar la ciudad, las mujeres participaron en la lucha junto con los hombres. Una de ellas, Manuela Pedraza, se destacó por haberle disparado al inglés que, minutos antes, había herido a su marido. Concretada la Reconquista, Liniers solicitó que se la distinguiera por su accionar. En el parte dirigido a las autoridades españolas expresó: “No debe omitirse el nombre de la mujer de un cabo de Asamblea, llamada Manuela la Tucumanesa (por la tierra de su nacimiento), que combatiendo al lado de su marido con sublime entereza mató un soldado inglés del que me presentó el fusil”. El Rey decidió recompensarla otorgándole el grado de alférez con goce de sueldo. El nombramiento decía:

Cada uno parece César;
rompen por entre las balas;
por entre el fuego atropella.

A estos héroes generosos
una amazona se agrega
que oculta varonil traje
triunfa de la gente inglesa
Manuela tiene por nombre
por patria: tucumanesa

Los gauchos en las Invasiones Inglesas

En la invasión inglesa a Buenos Aires de 1806, fueron gauchos los que, con más arrojo que organización disciplinada, intentaron oponer sus recursos a los aguerridos batallones de las fuerzas británicas. Uno de esos gauchos levantó en ancas a Pueyrredón, cuando su caballo fue muerto en medio del combate de Perdiel.

Según escribió el historiador inglés Henry Ferns en su libro *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, los gauchos formaban una *levée en masse* pero no estaban carentes de experiencia militar y su particularidad era que se trataba de jinetes por naturaleza. La experiencia militar había sido adquirida en la lucha contra el indio, ya que muchos formaban parte del regimiento de Blandengues, que cumplían funciones de guardia fronteriza y policía. Estos jinetes fueron reclutados por Pueyrredón, su superioridad numérica y su adaptación a las especificidades del ambiente los hicieron superiores a la disciplinada y bien equipada caballería de una nación europea.

El 12 de agosto de 1806, el ejército inglés, reducido a menos de mil mosquetes —en las playas de Quilmes, habían desembarcado 1635 hombres—, marchó hacia el Cabildo, cruzando la Plaza Mayor entre dos filas de milicianos criollos, donde hubo de rendir sus banderas, estrellando muchos de los vencidos con energía sus armas contra el suelo, frustrados e indignados por haber sido derrotados por aquellos “*andrajosos*”, “*plebe frenética, que parecía asumir para sí el poder soberano*”, como expresara el cronista inglés Alexander Gillespie.

En ese momento, por los arrabales septentrionales de la urbe, entraba un joven jinete con el pingo al galope tendido. Por su poncho colorado mostraba que era un gaucho salteño. Era el alférez Martín Miguel de Güemes del Regimiento “Fijo” de Buenos Aires. El gaucho Güemes, que tenía entonces 21 años, venía galopando desde la madrugada del día anterior, por el camino de postas proveniente de La Candelaria, paraje situado a 79 leguas [395 kilómetros] de Buenos Aires. Traía un despacho del virrey Sobremonte a Liniers, cumpliendo su misión en menos de

treinta horas. Al presentarse ante el comandante de la Reconquista, de quien era el edecán y su principal ayudante, apenas pudo tomar un breve respiro. Una nueva misión le aguardaba.

Los pocos barcos británicos que habían sobrevivido al temporal de la noche anterior, se acercaron al Retiro para *tirar* sobre ese punto y sobre todo el bajo, desde allí hasta el Fuerte. En las primeras horas de la tarde, las fuerzas criollas colocaron en batería dos piezas de 18 libras, que lograron poner fuera de combate a un pequeño barco inglés y a la sumaca La Belén de los españoles, que el almirante Sir Home Riggs Popham había capturado en el Riachuelo.

El Justine, buque mercante, artillado con 26 piezas y tripulado con más de cien soldados, oficiales y marineros, estuvo disparando casi toda la tarde sobre las fuerzas de la resistencia. Desconociendo los secretos de la navegación en el río, quedó varado por una súbita bajante a unos 400 metros de las barrancas de la Plaza de Toros en el Retiro —hoy Plaza San Martín—, lo que fue advertido por los centinelas de la batería Abascal.

El tradicionalista argentino Pastor Servando Obligado [1841-1924] publicó en el diario *La Razón* del 12 de agosto de 1920 [Hemeroteca de la Biblioteca Nacional] un artículo titulado *Güemes en Buenos Aires* en el que describe: “*Antes de ser general fue soldado, como ante todo, salteño, y sobre todo, patriota de nacimiento. Afiló la espada que había de sablear chapetones hasta la más lejana frontera en piedras de estas calles, ensayando las memorables cargas de su renombre por sierras y montañas, en la playa del Plata, cuya bajante dejó en seco al buque de guerra inglés, cooperando a su abordaje [...]*” Más adelante, se refiere al instante en que Liniers envía a su edecán hacia el Retiro con un parte de guerra: “*Ud., que siempre anda bien montado; galope por la orilla de la Alameda, que ha de encontrar a Pueyrredón, acampado a la altura de la batería Abascal, y comuníqueme orden de avanzar soldados de caballería por la playa, hasta la mayor aproximación de aquel barco, que resta cortado de la escuadra en fuga [...]*” La orden sólo implicaba aproximarse al buque, sin referencia a su abordaje.

Pueyrredón, al recibir el despacho, puso inmediatamente bajo el mando de Güemes la única tropa montada de que disponía: no más de treinta gauchos armados con lanzas, boleadoras, facones, sables y algunas tercerolas. Estos no trepidaron en descender la empinada barranca y zambullirse en el brumoso río. Con sus caballos metidos en el agua hasta los ijares, se lanzaron tacuara en mano en una carga asombrosa, pocas veces registrada en la historia militar: el abordaje a caballo de un buque de guerra de la marina más poderosa del mundo de aquel entonces. Los bravos paisanos alentados por el alférez salteño abordaron la nave enemiga y lograron rendir a su tripulación luego de breve y reñido combate. Los británicos, muchos de ellos artilleros y tiradores excelentes, habían sido doblegados por el estupor de ver surgir repentinamente esos centauros marinos emponchados que trepaban sobre sus amuras con una vehemencia inaudita.

Las aguas cruzadas por gauchos a caballo capitaneados por Güemes, ya no son más aguas, el lugar que cubrían ha sido ganado al río y hoy es tierra firme. En ese sitio se encuentra la Plaza Fuerza Aérea Argentina.

Reconquistada Buenos Aires, algunos jefes y oficiales ingleses fueron confinados en Luján. Allí, Beresford y algunos de los otros prisioneros que lo acompañaban, presenciaron un partido de pato. En este caso los protagonistas fueron soldados criollos pertenecientes al regimiento de Húsares. Formados en bandos, frente a frente, el capitán Vicente Villafañe, montado en un espléndido caballo —dice Ricardo Hogg— cruzó al galope en medio de ellos y al llegar al final de las filas hizo *rayar* su pingo y tiró el pato por encima del hombro. El espectáculo colmó de asombro a los oficiales ingleses, uno de los cuales, el teniente coronel Pack, donó como premio un par de espuelas de plata.

A pesar de la adversa suerte de las armas, los extranjeros fueron cautivados por el hechizo de la pampa y de sus gauchos. Cuestiones que se reflejarían en la literatura británica, así los describía Sir Walter Scott⁴⁷:

“Las vastas llanuras de Buenos Aires no están pobladas sino por cristianos salvajes, conocidos bajo el nombre de “buachos”, cuyo principal mobiliario son los cráneos de caballos, cuya única comida es la carne cruda con agua, cuya única ocupación es apresar ganado cimarrón y cuya principal diversión es montar un caballo hasta reventarlo. Lamentablemente prefirieron su independencia nacional a nuestros algodones y muselinas”.

Ofrecimientos indios

Durante la organización de la resistencia al invasor inglés, muchos indios que vivían y trabajaban en Buenos Aires conformaron la agrupación de Indios, Morenos y Pardos que engrosó el cuerpo de Voluntarios, sumaron unos setecientos cincuenta hombres en total. No era extraño que quienes habitaban en el ámbito de la ciudad, se dispusieran a defender su lugar. Resultó llamativo que los indígenas libres de la provincia de Buenos Aires se dispusieran a hacerlo. Los principales caciques tehuelches que habitaban la Pampa y la Patagonia, concurrieron al Cabildo de Buenos Aires a ofrecer sus armas en la lucha contra el invasor.

Cinco días después de la rendición de los ingleses, el 17 de agosto de 1806, mientras los miembros del Cabildo intentaban resolver los asuntos que aquejaban a la ciudad,

“[...] se apersono en la Sala -dice el acta correspondiente- el indio Pampa Felipe con don Manuel Martín de la Calleja y expuso aquel por intérprete, que venía a nombre de dieciséis caciques de los pampas y chequelches a hacer presente que estaban prontos a franquear gente, caballos y cuantos auxilios dependiesen de su arbitrio, para que este Ilustre Cabildo echase mano de ellos contra los colorados, cuyo nombre dio a los ingleses; que hacían aquella ingenua oferta en obsequio a los cristianos, y porque veían los apuros en que estarían; que también franquearían gente para conducir a los ingleses

tierra adentro si se necesitaba; y que tendrían mucho gusto en que se los ocupase contra unos hombres tan malos como los colorados”.

Los cabildantes agradecieron el ofrecimiento y pidieron a Felipe que comunicara a los caciques que harían uso de la oferta *“en caso necesario y la tendrían muy presente en todo tiempo”.* Le entregaron al cacique Felipe tres barriles de aguardiente y un tercio de yerba.

Al mes, los indígenas volvieron al Cabildo. Esta vez Felipe acompañó al cacique pampa Catemilla. En la ocasión, ratificaron la oferta anterior *“y expuso que solo con el objeto de proteger a los cristianos contra los colorados [...], habían hecho las paces con los Ranqueles, con quienes están en dura guerra”.* La escuadra de Popham seguía en el río esperando refuerzos. En otra sesión, se presentan diez caciques. Los cabildantes le dicen a los indígenas que *“La fidelidad, amor y patriotismo de las numerosas y esforzadas tropas que en cuerpos se hallan formadas, aseguran la defensa de esta hermosa capital y por lo mismo sólo os encomiendan hoy el celo y vigilancia de nuestras costas, para que los ingleses nuestros enemigos y vuestros a quienes llamáis colorados, no os opriman ni priven de vivir con la tranquilidad que disfrutáis y os profesan las mejores y más benignos de los Soberanos del Mundo.”*

A fines de diciembre de 1806, se presentaron los caciques Epumer, Errepuento y Turuñanqu ofreciendo, además de su colaboración, la de los otros caciques: Negro, Chulí, Laguini, Paylaguan, Cateremilla, Marcius, Guaycolan, Peñascal, Lorenzo y Quintuy. Los caciques estaban dispuestos a no ser menos unos que otros en cuanto a ofrecer ayuda en hombres y armamento. puede leerse en el *Diario del soldado*:

“[...] en este día se han presentado diez caciques a pedir audiencia a este Ilustre Cabildo, que se juntaron todos en la sala capitular sentados delante de los retratos de Vuestras Majestades. Diciendo que venían a nombre de 20.000 de ellos a ofrecerse con 5 caballos cada uno, motivo unico a matar a los colorados que sabían que querían intentar otra vez quitarnos el suelo [...] empeñadísimos en cumplir lo que ofrecían poniendo por testigo a la luna de la oferta que hacían delante del sol. Enterado el ayuntamiento por lenguas varias le dio las gracias y que siempre que se ofreciera se las mandaría avisar y que esta ciudad estaba muy agradecida de ellos [...] Todo esto se ha dado a la Prensa que a los enemigos les ha de causar cuidado aunque son indios con sus armas [...]”.

A pesar de los ofrecimientos de ayuda de los indios y los agradecimientos de los españoles y los criollos, la alianza no se concretó. Los pobladores de la ciudad desconfiaban de ellos, se los consideraba astutos y taimados. Incorporarlos a la lucha contra los colorados, significaba, en cierta forma, integrarlos a la sociedad de los blancos, respetarlos como semejantes. No era esa la mirada que el hombre blanco tenía del indio, lo pensaba abandonado por Dios, lo creía un elemento potencialmente peligroso que podía sublevarse y realizar incursiones para robar ganado y otros artículos, tomar cautivas, y asolar a la población.

⁴⁷ Escritor escocés (1771-1832), famoso autor de novelas históricas como *Ivanhoe* y *Quentin Durward*

MIRADAS ACERCA DE LA PRIMERA INVASIÓN INGLESA

La toma de Buenos Aires relatada por Cornelio Saavedra

“Llegó el año de 1806 en que esta ciudad fue sorprendida por las armas británicas al mando del general Guillermo Carr Beresford. Pasado el primer espanto que causó tan inopinada irrupción, los habitantes de Buenos Aires acordaron sacudirse del nuevo yugo que sufrían. Convínose con la ciudad y el gobierno del puerto de Montevideo un pequeño auxilio de tropa que debía venir, y efectivamente vino, en número de novecientos hombres [...] al mando del capitán de navío don Santiago de Liniers y Bremond, que había ido a solicitarla. Desembarcado este jefe en Olivos, fijó su cuartel general en el pueblo de San Isidro, en donde se la incorporaron considerables fuerzas de las que estaban con la mayor reserva preparada en Buenos Aires por varios que se pusieron a la cabeza de ellas; finalmente a los cuarenta y cinco días de la ocupación de Beresford, fue invadida esta ciudad por el general Liniers [...] y forzado Beresford después de muy honrada resistencia a entregarse con todo su ejército y quedar prisionero de nuestras armas el 12 de agosto del mismo año de 1806”.

Saavedra, Cornelio, Memoria autógrafa, Buenos Aires, Emecé, 1944, p. 11

La rendición de Beresford según Hilarión de la Quintana

“El 10 de agosto llegamos al lugar nombrado Miserere, a una legua de distancia de la ciudad. Habiendo el general nombrádome su primer ayudante, le ordenó viniese a intimar la rendición de Beresford [...] Su contestación fue de un buen militar. ‘Me defenderé hasta donde lo exijan mi honor y mi deber’. Con mi contestación marchamos al Retiro, punto guarnecido por un destacamento de infantería. Lo ocupamos a la fuerza y el resto de los ingleses que escapó logró replegarse a su cuerpo principal.

Permanecimos allí hasta el día 12, en que formados en tres divisiones fue destinada la una a la altura del templo de Santo Domingo, la otra por la calle de La Plata y la última al mando del mismo general Liniers, a la plazuela del Convento de la Merced [...]

El fuego se hacía por los nuestros con la mayor viveza por las bocacalles, y cesando sólo el de nuestro puesto, fui comisionado por el general para recibir las proposiciones que se hiciesen. El riesgo de mi persona era efectivamente grande, pues era muy fácil que en la plaza me tomasen los fuegos que se cruzaban desde la calle de La Plata.

Marché, y llegando a la presencia del general inglés no esperé propuesta suya, sino que, procediendo fuera de las órdenes que llevaba, le intimé de nuevo a la rendición, indicándole que en caso contrario ni aún su persona sería garantida [...] El general Beresford se confesó:

Rendido, y a la media hora vimos se aproximaba al pie de la muralla una inmensidad de pueblo, exigiendo que le general enemigo tirase el sable: lo echó

efectivamente abajo y lo tomó el capitán Mordeille. En el momento que me apercibí de lo sucedido, y queriendo conservar a Beresford el decoro que le era debido, me desceñí la faja, e hice que anudase el sable a uno de sus extremos y recogiénola, la devolví a su dueño diciendo en voz alta; que en caso de entregarlo sólo sería al general Liniers”.

De la Quintana, Hilarión, “Relación de sus campañas y funciones de guerra” en Simian de Molinas, Susana [comp.], Movimientos políticos. La Revolución de Mayo, Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 29.

Mariano Moreno y las invasiones inglesas

Durante las invasiones, Moreno se ocupó de redactar las impresiones de los acontecimientos que se desarrollaban ante sus ojos, no quiso tener otra ocupación que esa, dejando de lado su actividad profesional.

En sus escritos reflejó el estupor de los habitantes de Buenos Aires ante la facilidad con la que los soldados ingleses lograron someterla. Se preguntaba como era posible que mil seiscientos soldados pudieran tomar una ciudad de seis mil habitantes, en apenas cuarenta y ocho horas.

Moreno criticó severamente a los responsables de la seguridad, comenzando por el mismísimo virrey, cuya conducta mereció la reprobación unánime de los porteños. A Sobremonte le criticó haberse negado a recibir refuerzos, con anterioridad a la invasión, alegando contar con tropas suficientes; remarcó la ineptitud del virrey al enviar las tropas más experimentadas a Montevideo, descuidando Buenos Aires. Moreno no escatimó calificativos para el huidizo virrey. Pero sus críticas no terminaban en Sobremonte sino que se extendían a los oficiales españoles que tuvieron la misión de defender la ciudad: “La plaza tenía mil medios de defensa; y quinientos de los nuestros bastaban para acabar a los enemigos que habiendo ya pasado a esta orilla, habían tomado una posición donde no podían obrar absolutamente; pero teníamos la fortuna de que los oficiales de plana mayor eran tan militares como el marqués”. Esta ironía para Sobremonte y sus oficiales, no ocultaba que el cuestionamiento a los hombres también significaba poner en la picota al régimen en su conjunto. ¿Qué clase de dominio era el español que no podía dar la menor seguridad a sus súbditos? Contrastaba a simple vista, la firme decisión soberana de la población, con la cobardía y la ineptitud de los gobernantes.

El sentimiento de Moreno, como el del resto de los porteños quedó expresado en este párrafo: “Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro, cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar 1560 hombres ingleses, que apoderándose de mi patria se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad”. No dudaba en calificar de “infamia” el comportamiento de los gobernantes. Para Moreno, como para otros, los ingleses se vieron favorecidos por el comportamiento de las autoridades españolas.

Entre los manuscritos de Moreno fueron encontrados, entre otros, un documento en el que justificaba el reemplazo de Sobremonte; este documento posiblemente haya circulado en 1806 como anónimo, se desconoce si es el original, pero lo cierto es que Moreno aprobaba su contenido. Decía este escrito:

“Si a pesar de haber sido conquistada la Ciudad por otro, no se temiera nueva invasión de los Enemigos: es decir, si la Guerra hubiera acabado, ó los ingleses hubiesen salido tan escarmentados, que probablemente, no se pudiera recelar que les quedase ganas de volver, convengo, que sin embargo del descuido, y abandono con que Sobremonte miró a Buenos Aires, podía tolerarse volviere a ejercer el cargo de gobernador y Capitán General, porque en este caso no había que temer de parte de los enemigos externos. Más hallándose la ciudad amenazada de una nueva invasión, con el socorro que se sabe pidió el General Inglés al Cabo, o con el refuerzo, que es natural, le envíe de Londres el Ministerio Inglés en virtud del Parte que le dio, de haber tomado felizmente la Plaza con un puñado de hombres; y habiendo al fin salido, aunque deshonorados, siempre ventajosos con los caudales que el marqués les envió, y otros que ellos se tomaron; los cuales se dieron prisa de poner inmediatamente a salvo, no sería prudencia, ni acertado en estas circunstancias volver a confiar la defensa de la Plaza a un jefe, que la miró con tanta indiferencia la vez pasada. Se sabe que los oficios no se han creado en España para acomodar las personas, sino para que las personas sirvan y desempeñen los oficios”. Moreno no se limitó a cuestionar el sistema colonial sino que defendió la participación popular en los acontecimientos posteriores a las invasiones, que concluyeron con la destitución de Sobremonte y el ascenso de Liniers.

Estas cuestiones hacen que no resulte extraño que el citado escrito dijera:

“En este conflicto se hace indispensable tomar algún partido. ¿Y cuál otro más oportuno, fácil y acertado se puede tomar, que el que eligió el Pueblo? Es a saber, confiar la custodia, y conservación de la Ciudad al que la supo librar de las manos del Enemigo. [...] Y que el peligro inminente, y la necesidad que aprieta no admite dilación, confiere mando, poder, y jurisdicción al que no la tiene, por cuanto entonces nos apartaron con razón de las reglas del derecho. Estas doctrinas aplicadas al caso presente hacen ver que el Público de Buenos Aires no anduvo tan descaminado, cuando por haberlo desamparado el Marqués de Sobremonte, y dejándolo hecha presa del Inglés, puso los ojos en Don Santiago de Liniers, para que lo libertase de tan grave opresión, y lo guardase, y defendiese en adelante”.

Extractado de Moreno, Manuel, Memorias de Mariano Moreno, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1968 y de Durnhofer, Eduardo, Mariano Moreno inédito. Sus manuscritos, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.